

LA PARAGUAYA

EMILIO Corvalán era un hombre formado –y experimentado- cuando la conoció, en un baile; tenía cuarenta y cinco años y Adelaida veinte. De sólo verla le gustó y ella, se dice, gustó de él; o quizás él supo atraerla mediante la seducción aplomada y varonil de la que era capaz, cuando quería.

Emilio, se supone, detuvo su vagabundaje por el río para dar un desahogo a sus marineros y completar carga, pensando en largarse aguas abajo unos días después.

Asunción brillaba contra la oscuridad ascendente del agua, sobre la barranca, hospitalaria en el atardecer de Octubre. La Matutina estaba anclada en el puerto, arribada poco antes de un largo peregrinaje desde Santa Fe al Iguazú, ya en lento e indefinido regreso al lugar natal luego de haber navegado meses en una singladura de pesca, pequeño comercio que lindaba en el contrabando, transporte y mensajería entre muelles y embarcaderos, haciéndole un zig-zag a la vida sedentaria, con escasa y leal compañía de su tripulación -dos marineros apenas, dos muchachos embarcados al paso, Enzo Stullo y Matías Pereyra, aprendices de navegantes pero más de un modo de ver y de hacer que los aceptaba como verdaderos hijos del viento.

Si después de hacer puerto en Corrientes había pensado en Asunción y decidió montar el Paraguay, fue pensando en una carga de tejidos, de caña y cigarros, no en diversiones -en las cuales era parco-, pero al anochecer las luces de la ciudad avivaron en él una especie de nostalgia, una necesidad de ver gente y de galantear a una mujer. Se bañó en el río, se puso ropa decente: camisa bordada, traje negro, pañuelo de seda al cuello, chambergo, con ánimo de lucir en la bailanta.

Y en verdad lució. Alto, airoso, moreno de sol, desenvuelto de sólida planta y maneras mundanas, generoso en la invitación, mimético en las figuras del baile –diestro en guaranias, polcas y chamamés-, ocurrente en el gesto, supo agradar a las mujeres esquivando el celo de los hombres en el ofrecimiento de las copas. Adelaida pudo verlo

en uno de sus mejores momentos, sin saber que en la diversión luchaba el recuerdo de otra muchacha, la melancolía esquiva de otro puerto, la ansiedad del regreso.

De todos modos él no reparó en ella hasta pasado un buen tiempo. Ella estaba con una mujer que le hacía de sombra y después supo que era la madre, sentada en la hilera de bancos junto a la pared, hablando detrás de un abanico que velaba toda su cara, menos los ojos sesgados, dulces, grandes, intensos, con una chispa de curiosidad divertida y altiva; él sintió que sus palabras ocultas lo aludían. Él se prendó de esos ojos, o quizás del pelo renegrido, largo, suave, lacio, que enmarcaba la cabeza erguida. Dejó de bailar. Se compuso la ropa. Averiguó discretamente quién era y quién la acompañaba. *Es la maestra* –le dijeron-. *Es la madre*. Compró una magnolia a la florista y se la envió con un chico a la madre, acompañando la entrega de la flor con una inclinación de cabeza. Después cruzó la pista y se presentó, ceremonioso, galante, compadrón:

- Emilio Corvalán, un argentino de ley, para servirlos.

Le ofrecieron sentarse. Él adelantó la silla de paja, sentándose al sesgo, mientras se tomaba el pantalón para evitar las rodilleras. Y les habló del tiempo, del río, de barcos, de navegaciones, de ciudades. Preguntó por la escuela donde Adelaida enseñaba en primer grado, una escuela parroquial, recordando quizás que él no había ido a la escuela; eludiendo decirles que no sabía leer ni escribir; que, en privado, contaba con los dedos; que sus marineros le llevaban las cuentas y otras anotaciones útiles. Instintivamente evitó el lugar común de que la vida había sido su maestra, aunque lo pensó con una especie de orgullo mortificado. Pero hablaba bien. Era un narrador nato. Tenía una dilatada y rica memoria oral. Les contó la historia del muchacho que, en el bar de un puerto, supo ganar al truco un barco y una mujer, sugiriendo entre ambigüedades de quién se trataba. Contó la historia de un negro que, por fidelidad a su ama, guardó treinta años una tumba sin nombre en la ribera de un río, y murió en un foso y resucitó de entre los muertos un amanecer de invierno, y, más que centenario, siguió a Prestes en la gran marcha por la selva del Brasil.

Ellas eran reservadas y discretas. Les gustaba escucharlo en la baraúnda del baile, se asombraban, se hacían cruces. Les contó la historia de un genio del río, un enano contrahecho que tallaba muñecos de madera y los colgaba de un árbol seco. Al sonar

una guarania convidó a la muchacha a bailar y salieron a la pista. Le gustó sentir en sus brazos la gracia ligera y elástica de ese cuerpo ofrecido más que retaceado, y la decisión del gesto con que ella lo miraba; la fuerza de su mano, la finura de su talle.

Bailaron largamente, entreteniéndose mientras se contemplaban y se deslizaban por la pista de tierra mojada, ligeros en el mutuo encantamiento. Era ya el alba cuando las acompañó hasta su casa. Una bruma liviana flotaba sobre el río, cercaba la luna y los astros, comunicaba al aire un olor a llovido.

Ese mismo día, después de descabezar un sueño inquieto y ligero como la música amanecida, la pidió en matrimonio. Él sabía quiénes eran ellas y, a la vez, se había presentado sin dobleces. La madre era viuda y lo aceptó. Ella también pensaba en *nupcias*; todavía estaba en edad. Adelaida se mordió ligeramente los labios, pero no era el suyo un gesto de vacilación, sino de consentimiento. Dejó la escuela con la bendición del párroco, quien los casó entre generosas nubes de incienso. Al salir de la capilla, los chicos de la escuelita les arrojaron flores, mientras sonaban las campanas y volaban pájaros y palomas espantados de la eufórica espadaña.

Emilio licenció a sus marineros por unos días y se embarcó hacia el norte con Adelaida, a vivir su pasión a flote en la intimidad del río. Días y noches de armoniosa entrega, el amor joven y despojado, la controlada comunión adulta. Un olor vegetal del aire del río, el zumbido del cordaje y el chacoteo del velamen desplegado al viento; después, el sólido, espacioso retumbar del trueno y el repiqueteo de la lluvia en la toldilla. El chapuzón de los cuerpos desnudos en el agua tibia, de noche, alumbrados por la luz cenital, el halo del trópico. Él la descubrió persuasiva y fuerte. No encontró docilidad en su ternura, sino más bien la decisión de quien está resuelta a ocupar su lugar y a tomar su parte en la vida y en la suerte del otro. Eso le gustó a Emilio que, habitualmente dominador, no hubiera soportado mucho tiempo a una mujer melindrosa en la urgencia y el rigor de sus decisiones. Y así fue. Se entendieron sus cuerpos, afines en el áspero llamado, y en él terminaron por entenderse ellos mismos, tan pronto supo Adelaida dónde iba Emilio y Emilio entendió qué esperaba ella; un varón, una mujer hechos y derechos, sin engaños mientras el amor durara. Lucha, valor,

esfuerzo, lealtad para sobrevivir en un medio imperioso. Así podían quererse más allá del primer deslumbramiento. No pudo ser *para siempre*, pero tuvo sentido.

Emilio cargó todo lo que pensaba en Asunción, se despidieron de la madre sabiendo, acaso, que no volverían a verla –Adelaida lo sufrió en sus ojos y lo aceptó en sus labios apretados a la queja-; embarcó a su gente y partieron río abajo.

Navegaron a vela la mayor parte del tiempo, ayudándose con el motor sólo cuando el viento se replegaba en la atmósfera cálida de noviembre. Era como volar por la corriente del río, acompañando el vuelo de los flamencos en los callejones del aire, rigiéndose por el vasto ciclo de los días y noches, morosamente entregados a la naturaleza en la que ellos mismos se descubrían. Aprendiendo uno del otro.

- *¿Puede enseñarme a navegar?* -dijo ella, tuteándolo graciosamente en su entonación asunceña.

Puede, quiere, oiga, sepa... Nunca pudo (o no quiso) abandonar el *tu* hispano guaraní. Mantuvo esa distancia en el trato, no quizás por timidez ni por sumiso respeto al hombre, sino por un arrogante sentido de independencia en el cual se quería libre, en un halo de misterio.

- *¿Y vos, querés enseñarme a leer y a escribir?* -le pidió Emilio, hablándole al oído para que no escucharan los otros; posesionándose de ella en el decidido acento del *voceo*. Con el mismo resultado, pues ambos eran despiertos y ganosos de saber.

Llegaron a Santa Fe con Adelaida en la timonera, mientras Emilio leía para ella unas páginas de una novela por entregas a las que era aficionada, tropezando un poco aquí o allá en la puntuación -como tropezaba al escribir, con la ortografía-, y ella con la dirección de marcha cuando se dejaba distraer, suspirando, por la lectura de la voz nasal, grave y asombrada de Emilio, incansable (como ella) en practicar sus nuevos conocimientos.

Amarraron en El Quillá, alejados de la aduana que controlaba el puerto, entre goletas, balandras y patachos cargados de naranjas, cocos y sandías. Se detuvo en el lugar lo suficiente para vender a buen precio parte de su mercadería. Después siguió en busca de un lugar donde establecerse. No se sabe cómo halló a los Constanzo -quizás en

el Seamen`s Bar, cuando pasó por allí en busca de recuerdos-, ni en cuánto les compró el boliche del Colastiné, llamado Los Apóstoles, pero allí se estableció con su mujer y los entenados, asentándose en la ranchada precaria que con el tiempo mejoró y amplió, convirtiéndola en bar, proveeduría, lugar de reunión de los isleros que habitaban la comarca, diseminados en los albardones, mimetizados en sus oficios sigilosos o escondidos, a veces, de la justicia; gente ruda y hosca al trato con extraños; ricos en penurias, curtidos en luchas y dolores, tallados de muerte y de intemperie; hechos de una fidelidad esquivada al vecino y de una dureza asesina al tramposo; desconfiados, solitarios, parcos y alertas; sensibles a las voces de un bandoneón y a las asperezas de unas copas de vino grueso (o ajeno, o caña) que solían aligerarles el ánimo hasta la confianza, el baile y el canto. Eso en el patio de *atrás*, el *limpio de la resaca*, la corte de los milagros de las islas, el predio no aparente de los naturales..., mientras la parte delantera del boliche se adecentaba, convirtiéndose en parador de los forasteros –los que aguardaban la partida de la balsa a cadena, en la rampa, al otro lado del camino; el aire civilizador de los clientes urbanos que acudían, sábados y domingos, a comprar pescado fresco al pie de los cajones.

Allí nacieron sus hijos. Allí probó Adelaida su temple, en la vasta soledad de una maraña de ríos y arroyos, entre hombres ariscos que pronto la conocieron como *La Paraguaya* en admirativo desdén (por airoso, por mujer, por extranjera), aprendiendo a respetar el genio firme y distante con que los manejaba a todos, valiéndose para ello según el caso del encanto de su voz (cuando se resolvía a cantar) o la nostalgia de su guitarra (cuando la ejecutaba, perdonándose el silencio); de la palabra tajante o el revólver persuasivo, recursos en los cuales la necesidad la encontró hábil. Y *a más*, la fama de bravura de Emilio, suficiente para protegerla a distancia, los días en que andaba navegando, y el celo adicto de sus servidores.

Mucha gente tuvo que ver o anduvo de paso por Los Apóstoles, en los años que siguieron a la instalación de Emilio y Adelaida. A poco de afincarse allí, una noche de marzo, había llegado Cora con su hijito en brazos y el bulto de sus pertenencias, plantándose en la puerta del bar, encandilada por el farol, cubriéndose los ojos con la mano, diciendo: *Aquí estoy de vuelta* como si alguien la esperara –Cora, hija del finado Cristóbal Constanzo, escapada primero del celo de sus hermanos y en busca luego de

ellos-; *aquí estoy de vuelta*, ajena en el desamparo de su hambre y de su sed, sola en la orfandad de todos los abandonos.

Adelaida la recibió y la adoptó. La llegada de Cora fue para ella una bendición - como diría Emilio-, sola también en su femineidad y en su silencio, en su primer embarazo, en su exilio. Tenían la misma edad. Se complementaron en el trabajo y en la confianza, haciéndose amigas en la debilidad de una y en la probada fortaleza de la otra; *compinches* -rezongaba Emilio a veces, de verlas en sus complicidades de mujer-, reforzándose Cora en la protección y el buen consejo de Adelaida, que la contemplaba a ella y a su *huacho*, permitiéndoles a cambio mimarla un poco.

Después Cora se casó con Aldo Stullo (hermano de Enzo) y se fueron, estableciéndose por allí, como adelantados de Emilio, cuando Adelaida criaba ya el segundo de sus hijos. Y Enzo se fue, y se fue Matías, pero los otros hombres llenaron su lugar, orgullosos de servir a Emilio: Ramón, Ignacio, Marcos y, el último, Oscar, el más apuesto, el más emprendedor, el más derecho, el preferido *-después de Emilio* (pensó de pronto), pensaba Adelaida; el *pañó de lágrimas* cuando el mayor de los hijos, concripto en el 12 de Infantería, se accidentó y murió en las maniobras; y luego, cuando, en una seguidilla de desgracias, el menor se ahogó, y así la risa y el llanto de los años madurando en la alegría y el dolor -como todos, pero con esa diferencia de reciedumbre y de edad que se acentuaba con la vejez de Emilio y con la madurez de Adelaida-; aflojándose en uno la fortaleza admirada y confiable, afirmándose en la belleza intacta de la mujer, inmune -se diría- por un instante al desgaste, como si absorbiera salud y fuerza de la misma tierra que a Emilio lo debilitaba; nada notorio a los ojos de su gente, pero sí a la intuición agreste de *La Paraguaya*, que veía crecer, en cambio, a Oscar Matienzo en su ponderación, sin casi darse cuenta él mismo, sin maldad o vanidad -pues el hombre joven, en su probada adhesión a Emilio, era incapaz (o parecía serlo) de incurrir en esas faltas.

Después de la muerte de sus hijos, Emilio había dejado el mando de su barco a Oscar y, retenido en Los Apóstoles, adaptándose a costumbres sedentarias, limitábase a rondar el sitio y a permanecer durante horas, a la sombra de un timbó, contemplando cómo se va el día por el río, cómo del río asciende lentamente la noche o, a veces, hasta

más tarde, a mirar el alumbramiento del cielo, el despacioso giro de las constelaciones, ensimismado, caviloso, como desmoralizado.

Con ese ánimo recibió la noticia del naufragio de La Matutina, y, como Oscar se lo reprochó delante de todos una vez agotados los esfuerzos para reflotarla, entregándose al estupor de la pérdida; faltó de energías para desafiar a la mala suerte y recuperarse –medios tenía de comprar otro barco en el astillero de Cetti; eran amigos, él no se lo hubiera negado-. Prefirió no hacer nada, abandonar a su gente permitiendo que se dispersara, dejándole a otros sus actividades.

- Si usted abandona la pesca, si deja enfriar los tachos –dijo entonces Oscar, refiriéndose al sitio donde obtenían el aceite de pescado-, no espere nuestra consideración.

- *No, muchachos* –les había dicho Emilio-, *esto se termina para mí. A los sesenta, esto se termina para cualquiera* –queriendo decirles, como Oscar claramente lo advirtió, que él pasaba a ser únicamente el patrón de Los Apóstoles, apenas la mitad de lo que había sido, y ellos nada más que unos desocupados, por culpa especial de nadie.

A esto Oscar se rebeló, desmandándose con Emilio porque al viejo lo quería como quería a su trabajo, y la pérdida de uno importaba también perderlo al otro, arrojar al agua una parte considerable de su vida, no por los muchos años, sino por los buenos años de una ocupación gustosa y productiva para todos.

- Es embromado esto de quedarse sin saber qué hacer –le reprochó-, porque aquí no podemos arreglarnos todos y además porque nosotros, yo al menos, estoy acostumbrado a navegar y no a quedarme quieto en la costa.

Emilio entrecerró los ojos, achicando su mirada al lugar donde se encontraban, quizás para mirar más hondo dentro de sí y sondear antiguos recuerdos del tiempo de la instalación en el Colastiné, cuando ninguno de estos lo acompañaba todavía, medrando de sus iniciativas, y era como regresar al punto de partida, pero sin las mismas fuerzas ni la misma curiosidad. ¿Qué podía entender Oscar de eso, en el pico de sus treinta y cinco años (menos de los que él tenía cuando llegó), ni los otros, que rondaban

más o menos la misma edad, como Adelaida? (Pensó en ella, seguramente, *tan linda y, se diría, tan entera* en su madurez).

- No te calentés, Oscar. Esto no tiene remedio -murmuró, dirigiéndose a sí mismo más que a Matienzo (o puede ser que también al otro, asociándolo instintivamente a la mujer).

- Yo no me caliento -contestó Oscar, rencoroso-, digo nomás.

Entonces Emilio hizo lo que nunca debió hacer, le habló con la descarnada serenidad de un viejo, dándose cuenta de que así deponía su liderazgo, pero pensando con cierta malicia en ganar, mediante la promesa de no exponerse más a la aventura de un trabajo riesgoso a bordo ni en las orillas bravas, la tranquilidad de la mujer y su adhesión.

- Ya sé, Oscar, que estás enojado conmigo porque no compro otra lancha, le pongo La Matutina II y sigo acopiando pescado. A todo lo que yo diga vas a oponerle reparos, eso se ve a la legua. Si te digo que vos tenés poco más de treinta años y yo sesenta, y que a los sesenta ya no se puede empezar de nuevo con una patriada de jóvenes, no vas a querer entenderlo (*como ella, se dio cuenta sin mirarla, tampoco lo entendía*). Y hacés bien (sentenció, comprendiendo tarde su error y sin voluntad de repararlo, lúcido ahora de que, atrapado por la reminiscencia de su juventud y frenado por la conciencia de su edad, cedía más de lo querido a su estima de padre y a su admiración viril por Oscar, antes, si bien se piensa, que Adelaida atinara a darse cuenta del cambio). Pero no te resintás por eso. Si yo tuviera tus años no me resentiría.

- Le servimos bien, Emilio, y duele sentirse tirado como una basura.

- Pero la culpa no es mía -dijo, sumido en sus propias dudas, en sus propias ofensas.

- Tampoco es nuestra -replicó Oscar, sospechando que el tema de la culpabilidad presionaba el ánimo de Emilio (aunque él, derechamente, los hubiera dispensado ante la prefectura naval, exculpándolos de una negligencia o de la intención de un daño), y, aún, que la idea le rondara e incluso lo obsesionara, de alguien que pudo favorecer el

naufragio con sólo aflojar las amarras en plena tormenta o haberla amarrado mal a sabiendas, y así, en penosas ofuscaciones.

- Claro –dijo Emilio-, claro.

- Y nos larga como si tal cosa.

Los hombres, reunidos frente al estaño del bar donde él estaba sentado, envuelto en una cobija, se movieron nerviosamente entre las sombras alargadas y macilentas, acusando la tirantez entre quienes, patrón y capitán del barco hundido, sabían respetarse antes de la desgracia que los aquejaba. Interpretados en sentimiento, más todavía que en sus intereses, por las palabras de Oscar y sin ánimo de que se acaloraran o se agraviaran, advertían en el fondo la irreparable entrega de Emilio a la par que la justicia del reclamo, esperando que *La Paraguaya* hablara por su boca lo que la elocuencia de sus ojos había dicho todo el tiempo: piedad, miedo y desencanto ante la inesperada miseria del hombre vencido.

- Las cosas son así y ya no hay reparo –dijo hoscamente Emilio, irguiéndose sobre su propia ruina-. Es como si yo hubiera muerto y ustedes hablaran, reprochándome esto o aquello... Lo vieron sacar de entre los pliegues de la manta una mano arrugada por la larga inmersión en el agua fría, durante el fracasado salvataje, blanca de una palidez azul que los impresionó, oyéndole decir en tanto lo apuntaba a Oscar:

- ¿Vos creés, hijo, que los escucharía?

- Pero usted no se ha muerto –gritó Oscar con una tristeza que le temblaba en la voz.

Emilio bajó dificultosamente del estaño y quedó parado frente a sus hombres, encogido, tratando inútilmente de abrigarse, las rodillas vencidas, la cabeza gacha, la voz apenas audible, sin saber cuánto de verdad o de astucia presenciaban en una despedida que nunca imaginaron.

- ¿Yo?... Yo estoy muerto desde hace mucho tiempo y ninguno de ustedes se había dado cuenta.

Muerto en la decadencia de su barco, en el desenlace de una historia irrepetible, en la lenta decisión de retirarse a la costa, despidiéndose del río para siempre, dispuesto a tolerar y aún a disfrutar de su retiro en el remanso de Los Apóstoles, atareado en hacer de su boliche, además del lugar de paso que era, también un lugar de encuentro para los vecinos que iban poblando esa zona del Colastiné, solos como estaban en la empresa por el momento sin competencia, y por lo tanto próspera y tranquila, él y su mujer.

En su plan no contó, aunque quizás la esperara, con la deserción de Adelaida. De modo que buscó refugio en ese empeño, mientras la iba perdiendo a ella en las brumas de su mirada, en el alejamiento de sus gestos, haciéndole entender que un liderazgo en el mundo se pierde también entre las sábanas. *Lo mismo pasa el sol del verano al invierno* –pensaba él, sintiendo sin embargo que el sol detenido en junio bajo su signo, ardía en diciembre para el centauro o el cabro.

Oscar era de diciembre, ella de setiembre. A esas cosas de los signos Emilio las ignoraba. Se las dijo el *Payé* cuando, aconsejado, fue a consultarlo, al comienzo de su tribulación y el *Payé* le dijo: *La balanza y las hermandades del caballo y el cabro se entienden; en cambio no va con los gemelos*, explicándole después, en la ardiente compañía de un trago de caña *besada* del porrón, el significado de los signos celestes; lo ineludible de sus oposiciones. Emilio entendió. O dio a entender que entendió. O quizás creyera haber entendido, abandonándose a su destino. *Cuidado con la prueba de la última semana de octubre* -advirtió por último la misericordiosa lengua trabada por la caña. Y Emilio entendió.

Pero no pudo suponer lo que octubre se traía, la víbora y el escorpión. Temible y oscuro de sombras, la boca entreabierta, los delicados colmillos brillando al sol entre los labios sedientos. La llegada de Mariano Díaz alteró la tranquila vida de los naipes, bochas, acordeón y copas y taba y reñidero (algún domingo, al fondo). Como se sabe, el choque del matón llegado de un puesto, en la isla, y de Emilio, ocurrió –se lo habían anunciado, a fines de octubre. Pero sólo Adelaida supo –y se consternó– del otro, del peor, de la ofensa que terminó por abatirlo a Emilio: la mudanza de sus amigos, de sus parroquianos, cuando lo dejaron librado a la bronca alcohólica del apodado *Yarará*, para observar el desenlace desde el bar de enfrente, el nuevo, el *americano* atalaya del duelo

entre el patrón de Los Apóstoles y el esquilmador de hombres; sólo con *La Paraguaya* – y ella, en su íntimo desafecto, armada con el Winchester herrumbrado, lista para matar, a la vista de todos, si aquel hombre que ya no era el suyo se entregaba a una traicionera muerte por la espalda o corría el albur de ser humillado en la lucha frente a frente.

Emilio venció, es cierto, concentrando toda su fuerza en una rama seca de espinillo, pero no atinó a reponerse de la traición de su gente, y, después de clausurar el patio de Los Apóstoles con el ominoso cartel –Cerrado– que vedó el ingreso y sus esparcimientos a los desleales, cayó en cavilaciones que desnaturalizaron su trato, acentuando el distanciamiento de Adelaida –la paradoja de su lejanía pese a permanecer en *las casas*.

- Soy su mujer ante Dios –dicen que le dijo ella a Emilio–, pero ya no ante los hombres.

Ya no ante los hombres –lo dijo sin saber cuán cierto era, sin pensar en los testigos de la separación de cuerpos, de su entendimiento con Oscar –El Sirgador, el blanco barco de Matienzo a cambio de La Matutina y símbolo en la prosperidad, de esa unión sacrílega (palabras de *El Cristero*), hazmerreír de todos (como mojarle la oreja a un bravo) y él, sombrío de ilusiones, burlado por sus viejos clientes toda vez que, urgido por la soledad, cruzaba al bar de enfrente a tomar unas copas de ginebra adulterada, por gusto de acompañarse con la charla y el ruido de los otros, los graciosos, los envalentonados –no el solitario *Yarará*, presa a su vez de su vergüenza–, sino Isidro Bustos, Valerio Martínez, Manuel Osuna...; hasta el día en que *La Paraguaya*, haciéndose cargo de la situación, le dijo a Oscar Matienzo en la puerta de Los Apóstoles, haciéndole ver con la arrogancia de un gesto el desaire de Emilio:

- No voy a permitir que le falten al viejo, pobre...

Y, cosa explicable, Oscar habló con *Yarará* y el matón, desocupado y hambriento, aceptó cuidar la honra de Emilio como guardaespaldas, encargo que pasó del disimulo a los hechos cuando castigó una ocurrencia ofensiva de Valerio, sentándolo de un revés, al tiempo que manifestaba:

- A este hombre, desde hoy, me lo respetan, ¿no?, como si fuera mi amigo.

Emilio no se dio cuenta de nada. Estaba de pie, acodado en el mostrador del bar, frente a la copa vacía, pensando. En ese momento sus recuerdos vagaban por días felices y puntuales, cuando, de paso por Asunción, la conoció una noche de música y de galanteos. Como entonces, Adelaida velaba su rostro joven tras un abanico de encajes y él, al verla, sentía que algo distinto palpitaba en ambos y se echaba a andar.

José Luis Vittori

Relato publicado en el libro "Tres cuentos del Río" (1985) y en "Cuentos del Río" (2000). Santa fe.

www.joseluisvittori.com